



<https://revistas.upel.edu.ve/>
ISSN 2477-9342

Ensayo

El Saber Pedagógico Teoría y Práctica Docente

Pedagogical Knowledge Theory and Teaching Practice

Aris Enrique Ovalles¹ Néstor Enrique Carrero Pereira²

Contacto: ariseovalles@gmail.com

Resumen

El presente ensayo pretende presentar los elementos teóricos del saber pedagógico, desde ese interactuar diario de hacer docente, se apoyó en una investigación documental por medio de la revisión bibliográfica de elementos teóricos que abordan la categoría en estudio, se usó la técnica del fichaje y se realiza un análisis hermenéutico de la literatura abordada. En relación con las indagaciones dan cuenta del interés por cimentar el valor teórico de saber pedagógico desde la comprensión de la pedagógica descrita como esos principios y reglas para direccionar la enseñanza. En síntesis, el saber pedagógico como construcción individual del docente está fundamentado en esa acción reflexiva y transformacional que edifica el docente, que se van amalgamando y conforman un abanico de preceptos que se consolidan desde esa ciencia.

Palabras clave

Pedagogía, Saberes pedagógicos, deportes labor docente

Abstract

This essay intends to put forward the theoretical elements of the pedagogical knowledge, based on a daily interaction with teaching procedures. We developed a documentary research through a literature review of theoretical elements involving the category under investigation. We used the archiving technique and made an hermeneutic analysis of the literature chosen. In connection with the inquiries, we found an interest for supporting the theoretical worth of the pedagogical knowledge. It has been done from the comprehension of pedagogy outlined as those principles and rules to focus the teaching process. In summary, the pedagogical knowledge, as an individual construction of professors, is substantiated by a thoughtful and transformative action that builds them and conform a range of precepts since that science.

Keywords

Pedagogy, pedagogical knowledge, sports teaching work

Recibido: 20-10-2022 | Aceptado: 30-01-2023



¹ UPEL/IMPM Mérida – Zea (Venezuela). <https://orcid.org/0000-0002-0857-4303>

² UPEL/IMPM Mérida – Zea (Venezuela). <https://orcid.org/0000-0002-6707-5643>

Introducción

La pedagogía a lo largo de la historia ha venido ganando una relevancia considerable desde que Juan Amos Comenius describe principios y reglas para direccionar la enseñanza de los niños, él mismo puntualiza en el libro “didáctica magna” de 1632 diversas premisas y elementos que posteriormente se asumieron en los diseños curriculares (curso escolar, jornada, división en años y grupos, entre otros), este precursor, marca la pauta para poder cimentar una ciencia naciente enriquecida por diferentes aportes como los realizados por Rousseau, Pestalozzi, Montessori, Parknust, Decroly, Dewey entre otros, que fueron amalgamando un abanico de preceptos haciendo posible esta ciencia.

Dicho precepto teórico de la pedagogía engloba bajo el mismo rubro un sinfín de dimensiones que deben ser direccionadas de forma asertiva para poder alcanzar sus metas, en otras palabras, conseguir la perfección del hombre desde el hacer educativo, cimentando este propósito en la conducción, guía, orientación e instrucción de los seres humanos mediante la enseñanza adelantada por los responsable de este álgido proceso, el docente, en quien recae gran parte de la responsabilidad del quehacer pedagógico y que por medio de sus saberes puede direccionar mejor la dinámica del salón de clase, en aras de optimizar la preparación del educando.

Por consiguiente, el maestro, apoyado en sus saberes pedagógicos, deben engranar muchos más que métodos y constructos científicos en su praxis, aunado a ello, debe adquirir e implementar desde la moral el modelo íntegro y plausible, que amalgama no sólo competencias y destrezas, sino, además, debe manejar con probidad conductas tendentes a ser imitadas por sus aprendices.

Es evidente entonces, poder articular desde el saber pedagógico acciones que produzca una catarsis en los educandos conllevándolos a ser coparticipes del proceso didáctico adelantado en las aulas de clases, puesto que, por su naturaleza el educando tiende a permitir modelajes que genera la doctrina utilizada por sus adultos significativos, por ende, el docente apoyado en las tendencias paradigmáticas y metodológicas, puede dirigir a aquellas personas protagonistas del escenario de clases, lo que exige una tendencia proactiva dispuesta a desarrollar las mejores virtudes, conocimientos y competencias del niño, impulsados por su ejemplo.

Sobre la base de las consideraciones anteriores, es de resaltar la pluralidad de particularidades que han conllevado a las personas a hacer vida en los escenarios escolares, algunos llegaron al transitar educativo por motivos diversos pero su convicción personal e intereses por desarrollar su acción didáctica lo mejor posible debió ser complementada asumiendo diversas

competencias pedagógicas para hacer del proceso instruccional una verdadera experiencia de vida, promoviendo el saber pedagógico, aditivo necesario en su dedicación y la voluntad en el acto de enseñanza con miras a producir el mejor aprendizaje.

Desarrollo

Saber pedagógico hacer procesual de la enseñanza

El saber pedagógico engloba bajo el mismo rubro un sinfín de dimensiones (personales, cognitivas, emocionales y procesuales) que deben ser direccionadas de forma asertiva para poder alcanzar sus preceptos, en otras palabras, conseguir la perfección del hombre desde el hacer educativo, cimentando este propósito en la conducción, guía, orientación e instrucción de los seres humanos mediante la enseñanza adelantada por los responsable de este álgido proceso, el docente, en quien recae gran parte de la responsabilidad del quehacer pedagógico y que por medio de sus saberes puede direccionar mejor la dinámica del salón de clase, en aras de optimizar la preparación del educando.

En este hilo discursivo, la ciencia pedagógica, teórico-práctica y normativa ha vendido siendo estudiada desde mediados del siglo XVII, en la que se asume diferentes directrices en materia educativa, en otrora, surgen ilustrados que prendían dar forma a esta ciencia emergente para la época, se propone

como una ciencia formal presentada como “ciencia humana y social, que configura y proyecta su objeto de conocimiento en un marco de realidades significativamente trascendentes, en cuanto contexto socio-económico, cultural y político que le da sentido y alcance científico” (Limón 2017: 21). Puntualiza el autor, la relevancia de la pedagogía como ciencia humana y social cimentada en la proyección del conocimiento como hecho trascendente, exigiendo un mejor sustento científico el quehacer educativo de las organizaciones escolares.

Se observa claramente, la relevancia de la pedagogía en los contextos sociales para poder trascender en la dinámica comunitaria y científica, más aún si se asume lo señalado por Delors (1996), quien resalta que en el hacer educativo se deben “articular las especificaciones y análisis de los diferentes procesos, factores, vínculos, agentes y exigencias educativas y educadoras de la sociedad actual y de la emergente hacia el siglo XXI” (p. 78).

Con referencia a lo anterior, se puede inferir la exigencia que tiene la escuela de poder articular todos los factores inmersos en la pedagogía, que hagan frente a los desafíos actuales propios de la condición emergente del siglo XXI, el cual está caracterizado por diversas aristas que exigen la ampliación de esta

ciencia disciplinar pedagógica capaz de asegurar los cambios paradigmáticos del hacer educativo.

Es evidente entonces, que los modelos pedagógicos deben favorecer el desarrollo de conocimientos habilidades y destrezas del educando, al respecto Tobón (2010), indica que se debe orientar hacia el desarrollo de “capacidades constituidas por conocimientos, habilidades, destrezas, actitudes y valores en los educandos” (p. 74). Por ende, la aplicación de dichos modelos han de redimensionar apropiadamente el hacer propio de la labor docente, generando un proceso instruccional acorde a las exigencias de la contemporaneidad; por ello, urge la necesidad de contar con personas que engranen no sólo conocimientos y uso adecuados de métodos, sino que sean competentes en saberes pedagógicos.

Resulta oportuno, comprender la pedagogía como ciencia canalizadora del proceso educativo en palabras de Nassif (1974), la pedagogía es “una ciencia en sentido amplio, tiene por *objeto* a la educación...esta se nos ha ofrecido como una tarea y como una realidad humana, individual y social” (p. 52); partiendo de la premisa que las personas ameritan una formación integral, la cual, ha venido evolucionado en atención a las tendencias de las épocas de la historia y las diferentes corrientes axiologías de entorno social y científico, en este contexto, Guanipa (2008), define la pedagogía como “conjunto de saberes que se ocupan de la

educación, y como ciencia de carácter psicosocial ligada a los aspectos psicológicos del niño en la sociedad” (p. 27). Subraya la cita, la pluralidad del concepto de pedagogía del autor, en primera instancia, ese conjunto de saberes propios de la formación y seguidamente la tipifica como ciencia al asociarla a los aspectos psicológicos del aprendiz.

En referencia a la consideración anterior que cataloga a la pedagogía como ciencia ese cumulo de saberes y principios propios de la educación, se encarga de organizar, sistematizar y verificar los axiomas dogmáticos sobre aspectos psicológicos del niño, en esta perspectiva, Wartofsky (1991), considera que la ciencia es “un quehacer crítico no dogmático, que somete todos sus supuestos a ensayo y crítica. Concebidas de modo amplio, las condiciones para originar y poner a prueba los presuntos conocimientos de la ciencia que caen dentro del ámbito de la epistemología” (p. 31). Este elemento de poner a prueba los supuestos o hipótesis atribuye al saber una característica importante, pues no se puede asumir por verdadero aquello que no se haya puesto a prueba, en otras palabras, sea verificado si es fiable o no.

Aunado a esta concepción de la ciencia, se puede indicar lo imperativo que resulta aplicar procedimientos irrefutables para obtener la epistemología del conocimiento, poder instrumentar actividades que hagan posible investigar una problemática, en este orden de

ideas, según Ander-Egg (2004), se refiere a “un conjunto de actividades cuya esencia es investigar problemas” (p. 47). Hecho instrumentado en el campo disciplinar de la instrucción por la pedagogía que ha servido de catalizadora para poder llegar a premisas y teoremas explicativos del conjunto de conocimiento propios del hacer educativo.

En relación con este último aspecto, Bourdieu (1991), hizo hincapié en diversos análisis sociológicos y considero la pedagogía “como aquella esfera social estructurada por determinados valores, en la que se presentan tensiones y competencias permanentes, en defensa de ideas, hábitos, intereses, prácticas que tienden a reproducirse y van conformando un campo profesional” (p. 22). Dicha esfera, está constituida por los principios rectores de proceso de enseñanza y de aprendizaje que consienten la conformación de las prácticas derivadas del campo profesional educativo, donde el saber pedagógico juega un papel preponderante al ser responsable de la instrumentación de esta acción social.

Significa entonces, que el proceso direccionado por la pedagogía esta imbuido por aquel conjunto de acciones instrumentadas en las organizaciones educativas y apoyados en los principios y métodos sistemáticos dan respuesta al quehacer educativo, para Castaño (2012), es asumida como “un sistema de ideas, conceptos e hipótesis, relacionados con la educación en tanto

enseñanza y formación; es decir, las mejores estrategias de impartir la formación personal y social” (p. 42). Por tanto, su fin primordial es poder asegurar la formación personal en todas las dimensiones humanas posible, para favorecer el capital humano exigido por la sociedad.

En este orden de ideas, la pedagogía es fundamental para el progreso social y la formación del capital humano, desde su instrumentación en el contexto educativo, ha venido dinamizando y mejorando el devenir social, cultural y político, en ella, la acción del docente forma un pilar fundamental en el logro de los objetivos dogmáticos, es allí, donde este actor escolar debe aplicar de forma fáctica los principios pedagógicos para cimentar en la formación integral de las comunidades, lo cual logra cuando alcanza efectivamente el saber pedagógico, que no es otra cosa que el ser capaz de descubrir y ser consciente de su accionar, donde la experiencia juega un papel protagónico y sirve de catalizador a este preconcepto.

Si bien es cierto, la pedagogía por ser el conjunto de principios dogmáticos que direccionan la educación del niño, debe ser instrumentada por personal calificado, que durante su preparación universitaria o empírica debe ser capaz de engranar estos principios y poder fusionar los mismos en acciones tangibles dentro del entorno educativo, la pedagogía no

enseña sólo direccionar y crea las bases para hacerlo.

Por consiguiente, el maestro, apoyado en sus saberes pedagógicos, deben engranar muchos más que métodos y constructos científicos en su praxis, en virtud de ello “el docente, apoyado en métodos y técnicas conduce a reflexionar acerca de la apertura de la pedagogía en una complejidad dentro de la trascendencia de la enseñanza” (Martín, 1999, p. 82); aunado a ello, debe adquirir e implementar desde la moral el modelo integro y plausible, que amalgama no sólo competencias y destrezas, sino que además maneja con probidad conductas tendentes a ser imitadas por sus aprendices.

Es evidente entonces, poder articular desde el saber pedagógico acciones que produzca una catarsis en los educandos que los conlleva a ser coparticipes del proceso didáctico que se adelanta en las aulas de clases, puesto que, por su naturaleza el educando tiende a permitir modelajes que genera la doctrina utilizada por sus adultos significativos, por ende, el docente apoyado en las tendencias paradigmáticas y metodológica, puede dirigir a aquellas personas que hacen vida en su escenario de clases, lo que exige una tendencia proactiva dispuesta desarrollar las mejores virtudes, conocimientos y competencias del niño, impulsados por su ejemplo.

En este orden de ideas, la pedagogía es fundamental para el progreso social y la

formación del capital humano, desde su instrumentación en el contexto educativo, ha venido dinamizando y mejorando el devenir social, cultural y político, en ella, la acción del docente forma un pilar fundamental en el logro de los objetivos dogmáticos, es allí, donde este actor escolar debe aplicar de forma fáctica los principios pedagógicos para cimentar la formación integral de las comunidades, lo cual logra cuando alcanza efectivamente el saber pedagógico, que no es otra cosa que el ser capaz de descubrir y ser consciente de su accionar, donde la experiencia juega un papel protagónico y sirve de catalizador a este preconcepto.

Bajo esta óptica, es perentorio destacar que la pedagogía se asume como esa ciencia normativa que cimienta el hacer educativo, sobre la cual se han fundamentado las acciones de todo entorno educativo, es decir, en ella descansan los pilares que dan forma a la dinámica de las aulas de clases, a partir de sus directrices el quehacer escolar encuentra las orientaciones necesarias para que el hacer pragmático de los agentes educativos sean operativos, centrado en esa estructuración, sistematicidad y pertinencia de los preceptos disciplinares existentes.

Si bien es cierto, la pedagogía para ser el conjunto de principios dogmáticos que direccionan la educación, debe ser instrumentada por personal calificado, que durante su preparación universitaria o empírica debe saber engranar estos principios y poder fusionar los mismos en acciones tangibles

dentro del entorno educativo, la pedagogía no enseña sólo direccionar y crea las bases para hacerlo.

Por ello, la formación de los docentes debe ir más allá del mero corpus disciplinar de la pedagogía y debe llegar a favorecer el desarrollo de capacidades para la acción en prácticas docentes en su saber pedagógico, que logre el empoderamiento del educando que según Limón (ob. cit), el empoderar permite a las personas, “darles conocimientos y competencias para mejorar sus vidas. Pero también beneficia a sus familias, comunidades y sociedades” (p. 24). Hacia esta vertiente se deben direccionar las acciones del docente, poder generar competencias y conocimientos en los educandos, hecho que es posible desde el saber pedagógico del maestro.

Es importante entonces, identificar a la pedagogía como ciencia educativa y el saber pedagógico como su instrumentación, dicho accionar consiente alcanzar los fines del proceso educativo, Castaño (ob. cit), indica que “la pedagogía se considera como un constructo esencial en todos los procesos y desarrollos de la educación; empero, el saber pedagógico, es un saber elaborado y sistematizado desde la praxis y la didáctica de la pedagogía” (p. 43). Este contraste es fundamental para poder atribuir el saber pedagógico a quienes regentan el desarrollo de esta ciencia.

En este contexto, el saber pedagógico está relacionado con la acción docente, donde no sólo está la práctica pedagógica, sino en la reflexión y transformación continua de dicha práctica, para Ibáñez (2008), es aquel “saber que orienta el desempeño profesional, pero que en dicho proceso se dinamiza, crea y recrea con contradicciones y perplejidades” (p. 82). Se destaca la versatilidad del saber pedagógico al estar en constante transformación, el cual debe llevar al docente a cuestionarse y propender siempre una mejora de su accionar, en aras a favorecer la instrucción del educando, desde su praxis.

El saber pedagógico, por ende, está enmarcado en el abanico de saberes y haceres implícitos en la instrucción, amalgaman la enseñanza y el aprendizaje como procesos derivados de la práctica pedagógica; Almonacid, Merellano, y Moreno, (2014), indican que el mismo es compartido por “el profesorado en su labor docente y entendido como un saber plural formado por una amalgama, más o menos coherente, de conocimientos provenientes de la formación profesional, que incorporan áreas disciplinarias, curriculares, pedagógicas y prácticas” (p. 175). En este saber, convergen diferentes aspectos de la labor docente que deben trabajar en armonía para poder lograr los fines de la organización escolar.

En consecuencia, el docente debe ir edificando esta práctica con el firme propósito

de alcanzar altos estándares de calidad educativa, para ello, debe aplicar los conocimientos disciplinarios capaces de impactar todo su quehacer en el aula, promoviendo un giro cardinal de su acción de manera dinámica, coordinada y con el soporte adecuado, asumiendo lo expresado por Díaz (2006), quien indica en el saber pedagógico el docente “reflexiona desde su práctica, reconstruyéndola y resignificándola” (p. 94). Hecho que transforma su hacer y su saber.

Claramente dicho saber, toma un rol protagónico en el desempeño docente, pues esta construcción sirve de catalizador para adquirir las herramientas necesarias para llevar adelante una acción que alcance lo propuesto por Dave, Martínez y Alonso (1979), quienes señalan la necesidad de “fomentar una sociedad de aprendizaje, una sociedad culta y difusora de cultura y una sociedad que aprenda a ser y a evolucionar” (p. 54). Por consiguiente, el docente debe hilvanar este saber pedagógico desde sus cimientos, apoyado en los referentes de la teoría pedagógica y la educación, aspirando poder ir adaptándose y reinventado su labor, partiendo desde su experiencia y su constante reflexión.

Significa entonces, que el proceso direccionado por la pedagogía esta imbuido por aquel conjunto de acciones instrumentadas en las organizaciones educativas y apoyados en los principios y métodos sistemáticos dan respuesta al quehacer educativo, para Castaño (2012), es

asumida como “un sistema de ideas, conceptos e hipótesis, relacionados con la educación en tanto enseñanza y formación; es decir, las mejores estrategias de impartir la formación personal y social” (p. 42). Por tanto, su fin primordial es poder asegurar la formación personal en todas las dimensiones humanas posible, para favorecer el capital humano exigido por la sociedad.

En este orden de ideas, la pedagogía es fundamental para el progreso social y la formación del capital humano, desde su instrumentación en el contexto educativo, ha venido dinamizando y mejorando el devenir social, cultural y político, en ella, la acción del docente forma un pilar fundamental en el logro de los objetivos dogmáticos, es allí, donde este actor escolar debe aplicar de forma fáctica los principios pedagógicos para cimentar en la formación integral de las comunidades, lo cual logra cuando alcanza efectivamente el saber pedagógico, que no es otra cosa que el ser capaz de descubrir y ser consciente de su accionar, donde la experiencia juega un papel protagónico y sirve de catalizador a este preconcepto.

Si bien es cierto, la pedagogía por ser el conjunto de principios dogmáticos que direccionan la educación del niño, debe ser instrumentada por personal calificado, que durante su preparación universitaria o empírica debe ser capaz de engranar estos principios y poder fusionar los mismos en acciones tangibles dentro del entorno educativo, la pedagogía no

enseña sólo direccionar y crea las bases para hacerlo.

En esta línea discursiva, también llama la atención aquellas consideraciones que indican la práctica docente en un inicio hace difícil el desarrollo amplio del saber pedagógico, puesto que los maestros poseen inexperiencia al aplicar en la práctica lo aprendido durante su formación universitaria, así lo refiere Páez (2015), quien señala que en la práctica inicial del docente “suele experimentar tensiones a causa de la dificultad de armonizar la teoría pedagógica con la realidad social de los estudiantes. La pedagogía en el aula no se domina desde un principio, sin conflictos o tensiones para el docente” (p. 38).

Este elemento no favorece la instrumentación de la pedagógica de forma cabal por el docente, pues debe labrar con su continua reconstrucción y evaluación cada una de las aristas propias del saber pedagógico y no se logra de la noche a la mañana, aunado a la posibilidad que se le dificulte desarrollar esta premisa en atención su mayoría no pueden siendo que “todo pedagogo puede ser maestro, no todo maestro es pedagogo” (Zuluaga 1999: 37). Es decir, algunas personas de otro campo disciplinar médicos, ingenieros, abogados entre otros, pueden internalizar el saber pedagógico, siempre y cuando desarrollen esa transformación intelectual y modificación de sus saberes y haceres.

Resulta oportuno también mencionar la afirmación de Castaño (ob. cit), quien hace eco de la debilidad del maestro cuando no ha desarrollado esta transformación de su saber pedagógico, el mismo indica que de los docentes sus primeros trabajos “divagan con una práctica insertada en teorías o discursos pedagógicos abstractos y generales, que se enseñan en las facultades de educación, poco o nada aterrizados en las condiciones sociales y culturales que viven las comunidades educativas” (p. 45). Este diverso aparente del conocer y el hacer lo aleja de una realidad imprescindible el saber, el cual pasa a formar parte de sus conductas y valores que, si no se desarrollan adecuadamente, obstaculiza toda la actividad del proceso de enseñanza y por ende del aprendizaje.

Adicionalmente, el hacer educativo se encuentra limitado por otras condiciones que pueden de alguna manera restringir la educación integral que propenden las organizaciones educativas, en este caso particular el currículo el cual muchas veces esta encriptado de forma tan ortodoxa que entorpece el saber pedagógico, en este sentido, Zapata (2003), indica que los currículos cerrados “siguen marcando el rumbo, quitando la posibilidad de generar procesos donde se responda a las necesidades de la persona y se potencie sus inteligencias, se trabaje en contextos, se logren desempeños auténticos y se encuentren aprendizajes significativos” (p. 71).

De mantener este hermetismo, es poco lo que lograra el docente desde sus acciones para alcanzar los postulados del sistema educativo del país

Claramente la experiencia y el saber pedagógico asumen un relevancia crucial en los entes escolares, empero, de la forma en cómo se desarrolle y asume el saberes pedagógico desde la vivencia y experiencia contada por aquellas personas que incursionaron en la docencia asumiendo un sin número de transformaciones hasta erigir un modelo a seguir por sus pares y sus educandos, que conlleva a dar un giro cardinal de cambio de vidas, es decir, alcanzar ese saber pedagógico esa experiencia de vida que suma conocimientos muy valiosos y diferentes en cada docente.

En este contexto, el saber pedagógico está relacionado con la acción docente, donde no sólo está la práctica pedagógica, sino en la reflexión y transformación continua de dicha práctica, es ir más allá de lo disciplinar o normativa, es trascender el espacio del hacer educativo, de allí, la versatilidad del saber pedagógico al estar en constante transformación, el cual debe llevar al docente a cuestionarse y propender siempre una mejora de su accionar, en aras a favorecer la instrucción del educando, desde su praxis.

Práctica Docente acción reflexiva y transformacional permanente

Diversas son las vertientes que se configuran para hacer posible el proceso educativo, una de ellas las actividades de interacción que realiza el docente en las aulas de clases, lo que se asocia a la acción praxeológica de sus funciones, esta práctica debe atender diferentes aristas, se dice que “soportan en esquemas mentales culturales, entendidos como sistema de relaciones” (Bourdieu y Gros, 1990, p. 420). Estos esquemas mentales que hacen posible la enseñanza como proceso adelantado por el docente, es pieza fundamental del saber pedagógico puesto que, por medio de esa actividad experiencial de la práctica se van cimentando los esquemas mentales que transforman su actuar en favor del hecho educativo.

Como plantea Davini (2012), la práctica docente es una realidad heterogénea “es decir, acción y pensamiento van de la mano, y en este proceso influyen ideas y valoraciones propias, resultado de diversas experiencias anteriores, sociales y personales (p. 18). En esta coalición del hacer y el pensar, radica la esencia de la función educativa, siendo que por medio de ella se lleva a cabo el proceso de enseñanza con miras a generar el mejor aprendizaje, por ende, la práctica está asociada al saber pedagógico y gravita en particularidades análogas que confluyen en el aula y han cabida a esa función

transformadora del estudiante, pero también del docente en su labor instruccional

Sobre este particular hay que señalar que la práctica docente juega un papel preponderante en las organizaciones educativas y es fermento para el desarrollo de habilidades y competencias que desarrolla el maestro en su cotidianidad, esta además asociado a la ética y a la moral como principios rectores del hacer educativo, alude Freire (1999), que “la práctica educativa tiene que ser en sí, un testimonio riguroso de decencia y pureza... saber que debo respeto a la autonomía y a la identidad del educando exige de mí una práctica totalmente coherente con ese saber” (p. 34).

Sólo a partir de este testimonio ético el docente puede transformar su profesión en una fuerza social que permita la evolución de las comunidades a partir de esa formación idónea y unívoca necesaria en toda sociedad, por consiguiente, la práctica educativa “es una forma de poder; una fuerza que actúa tanto a favor de la continuidad social como del cambio social que, aunque compartida con otros y limitada por ellos, sigue estando, en gran medida, en manos de los profesores” (Carr, 2002, p. 17).

Si desde los entes gubernamentales y ministeriales se aplican políticas educativas que fortalezcan esta práctica educativa desde la acción y el pensamiento convergente del docente, imbuidas en el hacer y el saber, se

podrá lograr ese cambio social que permitirá un mundo más equitativo y justo, partiendo de contar con un personal con un arraigado saber pedagógico que garantice la educación de calidad que se propone y que es pieza fundamental para la transformación de las brechas sociales de la contemporaneidad.

Cierre

Para poder alcanzar una instrumentación procesual acorde a los estándares de calidad, vocación y ética como parte fundamental de la labor del maestro, es necesario una gran variedad de elementos cognitivos, conductuales y emocionales que debe manejar el docente desde sus saberes, por ello, el saber forma parte fundamental de la acción reflexiva y transformacional que va edificando el docente a lo largo de sus años de servicio, en palabras de Elliot (1998), reconoce el saber como “un verbo y no como un sustantivo. El saber no es un elemento inerte que almacenamos. Es dinámico e inacabado y solo existe si es conocido, pues solo vive en las mentes, cuerpos y vidas de quienes le dan significado al recibirlo y resignificarlo” (p. 42).

Este elemento dinámico se fragua a lo largo de la interacción con las funciones y labores propias de una profesión, se optimiza por medio de la práctica diaria o continuada, por tanto, el saber pedagógico se labra con los años en el interactuar en el aula con los educandos,

no se adquiere en la universidad, allí, sólo se aprender teorías y métodos didácticos pero el saber transformador del docente va más allá, el mismo está referido en opinión de Schön (1992), como:

La transacción con el mundo de su práctica, definiendo los problemas que surgen en las situaciones de la práctica y adaptando las situaciones para ajustar la estructura de los problemas, configurando sus roles y construyendo las situaciones de la práctica para hacer operativos sus esquemas de rol docente (p. 45).

Este arreglo o estructuración del saber pedagógico tiene su origen en la actividad practica dentro del aula, en el día a día al enfrentar las realidades que no se abordad en las universidades pues la experiencia no se improvisa y es allí en esa experiencia cotidiana donde el maestro amalgama esta seria de habilidades y competencias que lo hacen trascender, lo cual emerge como plantea Argyris (1999), centrado “en la acción reflexiva y con permanente búsqueda de sustentación racional a las decisiones conduce a la verdadera formación profesional docente” (p. 52).

En esta actuar praxeológico del docente se va configurando ese saber que va más allá de teorías y métodos de enseñanza, que si bien es cierto son importantes, sólo son soporte de esta construcción interna que se produce en los docentes que hacer de su profesión una forma de vida desde el saber pedagógico que manejan en

sus escenarios escolares, en virtud de ello, Díaz (citado por Morales, Quilaqueo, y Uribe 2010), señala que el saber pedagógico:

Se presenta como una construcción propia dentro del sujeto que lleva a cabo como resultado de las interacciones entre sus disposiciones internas y el contexto cultural y social de manera activa y participativa, que le permite crear, organizar, interpretar y reestructurar el conocimiento con la experiencia, los saberes previos y la información que de diversas fuentes recibe (p. 51).

Por consiguiente, es perentorio que quienes tiene la responsabilidad moral y ética de forma a las futuras generaciones sean capaces, de reconstruir sus haceres y saberes desde esa interacción con sus educandos, para que a partir de ese intercambio pueda crear, organizar, interpretar y reestructurar el conocimiento con la experiencia, sólo de esta forma podría dejar atrás las vicisitudes vividas y los preconceptos errados de su labor y redimensionar su praxis de forma tal que puede trascender en la vida de los estudiantes y poder favorecer el desarrollo pleno de cada uno, por su parte, el saber pedagógico surge según Terigi (2012) de la experiencia:

Se basa en el trabajo cotidiano y en el conocimiento que el profesor posee del medio escolar; surge de la experiencia, que se encarga de validarlos. Se incorpora a la experiencia individual y colectiva en forma de hábitos y habilidades, de saber hacer y de saber ser.

Finalmente, desde la dimensión teórica y práctica, emerge un saber reflexivo que se recupera o construye desde la conciencia, en los continuos procesos de análisis crítico de la realidad escolar que el personal docente desarrolla de manera sistemática a partir de la realidad del sistema escolar y las prácticas pedagógicas asociadas (p. 52).

Esta connotación con la experiencia que hace Terigi, es el eslabón perdido del saber pedagógico, pues en el gravita el perfeccionamiento del maestro a partir de su

labor continua en favor de una educación holística y trascendente para los estudiantes, por medio de ese interactuar con sus docentes va perfeccionando su saber desde el hacer, asociando la teoría y la práctica sus conocimientos previos y sus puntos de vista convergen en esa acción instruccional, por ende, emerge un saber reflexivo que se recupera o construye desde la conciencia, en los continuos procesos de análisis crítico de la realidad escolar y que lo conlleva a mejorar cada día en favor de sus estudiantes.

Referencias

- Argyris, Chris (1999). *Conocimiento para la acción. Una guía para superar los obstáculos del cambio en la organización*. Barcelona: Granica.
- Almonacid, Alejandro, Merellano, Eugenio y Moreno, Alberto. (2014) Caracterización del saber pedagógico Estudio en profesorado novel. *Revista Electrónica Educar*, Vol. 18(3), 173-190. <https://bit.ly/3SED4bN>.
- Ander-Egg, Ezequiel (2004). *Métodos y técnicas de investigación social*. Buenos Aires: Grupo editorial Lumen.
- Bourdieu, Pierre (1991). The peculiar history of scientific reason. *Sociological Forum*, Vol. 6, No. 1, 3-26. <https://bit.ly/47aEDlA>.
- Bourdieu, Pierre y Gros, François (1990). Principios para la reflexión sobre los contenidos de la enseñanza. *Revista de Educación*, N° 292, 417-425. <https://bit.ly/3QnnApJ>.
- Carr, Wilfred (2002). *Una teoría para la educación Hacia una investigación educativa crítica*. Madrid: Ediciones Morata.
- Castañón, Jesús (2012). De la práctica al saber pedagógico. *Grafiyas Disciplinarias de la UCP*, N° 17, 37-50. <https://bit.ly/3QC6aH4>.
- Davini, María (2012). *Acerca de las prácticas docentes y su formación*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Formación Docente.
- Dave, Ravindra, Martínez, Aurelio y Alonso, Margarita (1979). *Fundamentos de la educación permanente*. Madrid: Santillana
- Delors, Jacques (1996). *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana. <https://bit.ly/40hV9Oi>
- Díaz, Víctor (2006). Construcción del saber pedagógico. *Laurus, Revista de educación Educar*, Vol. 12, núm. Extraordinario, 88-103. <https://bit.ly/40hasqL>.
- Elliot, Eisner (1998). *El Ojo ilustrado: indagación cualitativa y mejora de la práctica educativa*. Barcelona: Paidós. <https://bit.ly/46Ud1Bl>
- Freire, Pablo (1999). *Pedagogía de la Autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa*. México: Siglo Veintiuno.
- Guanipa, Mary (2008). *Guía de estudio*. Maracaibo: Universidad Rafael Belloso Chacín. Doctorado en Ciencia de la Educación.
- Ibáñez, Nolfi (2008). *Saber pedagógico y práctica docente: Un estudio en aulas de educación parvularia y básica*. Santiago de Chile: Fondo de

Investigación y Desarrollo de la Educación.
Ministerio de Educación, Chile.

- Limón, María (2017). Carácter científico y orígenes de la pedagogía social contemporánea. *Revista Iberoamericana de Educación* vol. 75, 21-44. <https://bit.ly/45ShgMI>.
- Martín, Francisca (1999). *La didáctica ante el tercer milenio*. Madrid: Síntesis.
- Morales, Soledad, Quilaqueo, Daniel y Uribe, Pilar (2010). Saber pedagógico y disciplinario del educador de infancia: Un estudio en el sur de Chile. *Perfiles educativos*, Vol. 32, n. 130, 49-66. <https://bit.ly/49ep5z9>
- Nassif, Ricardo (1974). *Pedagogía General*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Páez, Ruth (2015). *Práctica y experiencia claves del saber pedagógico docente*. Bogotá: Ediciones Unisalle.
- Schön, Donald (1992). *La formación de profesionales reflexivos. Hacia un nuevo diseño de la enseñanza y el aprendizaje en las profesiones*. Barcelona: Paidós.
- Terigi, Flavia (2012). *Los saberes docentes, formación, elaboración en la experiencia e investigación*. Buenos Aires: Santillana. <https://bit.ly/49jS7gA>
- Tobón, Sergio (2010). *Formación integral y competencias. Pensamiento complejo, currículo, didáctica y evaluación*. Bogotá: ECOE Ediciones.
- Wartofsky, Marx (1991). *Introducción a la filosofía de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- Zapata, Vladimir (2003). La evolución del concepto saber pedagógico: su ruta de transformación. *Revista Educación y Pedagogía*, Vol. 15. N° 37., 60-95. <https://bit.ly/3QlahGd>.
- Zuluaga, Olga (1999). *Pedagogía e historia: la historicidad de la pedagogía, la enseñanza, un objeto del saber*. Bogotá: Anthropos